

DE LA MAYOR

MANOS Y PLANETAS

Los dedos diestros y familiares de Barco desenroscaron la tapa de metal niquelado del salero, volcaron la sal sobre el mantel y después, bajo la mirada tranquila pero atónita de Tomatis, comenzaron a diseminarla, apoyando las yemas sobre la sal y haciéndolas girar lentamente, de modo de desplegar bien desplegado el montoncito blanco sobre la tela azul. Las yemas de Barco tenían una forma extraordinariamente peculiar: eran ovaladas y terminaban en punta; se parecían a la forma clásica con la que se representan las lágrimas. No debía haber en el mundo manos con yemas de esa forma, y Tomatis las hubiese podido reconocer de inmediato donde quiera que estuviesen.

—Probablemente —dijo Barco— en muchos de estos granos de sal hay Grecias antiguas en las que Heráclitos piensan que los acontecimientos del mundo son el producto de un juego de dados jugado por criaturas.

—Probablemente —dijo Tomatis.

—Anoche vi por televisión el último viaje a la luna —dijo Barco—. Esos viajes a la luna ya no le interesan a nadie. Todo el mundo está convencido de que la luna ya pertenece al pasado, y la ciencia ficción se está convirtiendo en una antigualla. Ya no hay, dice, ficción que supere a la ciencia. Probablemente, dentro de quinientos años todos serán científicos, así como en la actualidad todos manejan automóviles.

—Probablemente —dijo Tomatis—, sin dejar de mirar los dedos de Barco que ahora se habían apoyado sobre la sal diseminada y estaban inmóviles.

—Pasó algo curioso —dijo Barco—. Todo iba bien mientras se veía en la pantalla el interior de la nave espacial y las manipulacio-

nes de la tripulación. Pero de golpe empezaron a verse fotografías de la tierra que iba alejándose, volviéndose cada vez más chiquitita, y entonces los tipos que estaban mirando la televisión en el bar se pararon, o empezaron a incorporarse despacio sobre la silla, o a estirar el cuello, todo eso para tratar de ver la tierra de más cerca, haciendo contorsiones para ayudar a la tierra a detenerse, como cuando uno tira una bocha y empieza a retorcerse todo para que la bocha vaya por el camino que uno le ha fijado imaginariamente ¿viste? Tratábamos de que ese alejamiento impúdico se detuviera, para que la tierra no se borrara y desapareciera del todo. Yo me quedé tieso. Y cuando la voz del locutor anunció que los astronautas todavía distinguían México, todos tuvimos un momento de alivio y por un segundo todos nos sentimos mexicanos: México fue la última cresta, la más alta, amontonada en la ola de nada que empujaba desde atrás, la ola de nada que cuando México dejó de divisarse inundó todo y lo dejó más liso y más uniforme que esa pared. Entonces todos nos sentimos tristes y confundidos, un poco aterrados, y no creo que nos hayamos sentido mejor cuando terminó el programa sobre el viaje lunar y empezó la transmisión directa desde el estadio de Chacarita. Estoy convencido de que anoche rompimos la barrera de la identidad. La de la luz o la del sonido no son nada al lado de la barrera de la identidad. Nos fuimos poniendo cada vez más borrosos, hasta que desaparecimos del todo. Pensamos que la cosa iba a detenerse en un punto razonable, un punto desde el cual todavía pudiese divisarse México, por ejemplo, pero no, nada de eso, desaparecimos del todo. Y yo tuve un vértigo adicional: sentado en la silla del bar, la pantalla me mostraba como la tierra iba disminuyendo de tamaño, es decir, cómo yo, la silla, el bar, la pantalla y la tierra que mostraba la pantalla, achicándose, íbamos siendo apretados por el puño del cosmos que se cerraba, vertiginosamente, hasta macerar nuestros cuerpos y convertirlos en una lava endurecida. Y lo sentí hasta tal punto que cerré los ojos y esperé el momento

en el que las paredes del bar comenzarían a avanzar, súbitamente, fundiéndose las cuatro en una sola con nosotros adentro, en una contracción inconcebible, hasta dejar la tierra reducida al tamaño de un dado de los más chicos con el que criaturas se pusieran a jugar el destino del mundo. Probablemente esas parrilladas que trae el mozo son las nuestras.

—Probablemente —dijo Tomatis, viendo las yemas familiares oprimir la sal y después subir hasta los labios gruesos de Barco, yemas que, como ningunas otras en el mundo —y ahora también por su sabor—, hacían pensar en la forma densa de las lágrimas.

EN EL EXTRANJERO

La nada no ocupa mi pensamiento sino mi vida, me decía, hace unos días, en una carta, Pichón Garay. Durante las horas del día no le dedico el más mínimo pensamiento; y mis noches se llenan de sueños carnales. Ha de ser porque la nada es una certidumbre, y hay una raza de hombres a la que debo, presumiblemente, pertenecer, que no baila más que con la música de lo incierto.

Así me escribe a veces, desde el extranjero, Pichón Garay. O también: el extranjero no deja rastro, sino recuerdos. Los recuerdos nos son a menudo exteriores: una película en colores de la que somos la pantalla. Cuando la proyección se detiene, recomienza la oscuridad. Los rastros, en cambio, que vienen desde más lejos, son el signo que nos acompaña, que nos deforma y que moldea nuestra cara, como el puñetazo la nariz del boxeador. Se viaja siempre al extranjero. Los niños no viajan sino que ensanchan su país natal.

Otra de sus cartas traía la siguiente reflexión: el ajo y el verano, son dos rastros que me vienen siempre desde muy lejos. El extranjero es una maquinaria inútil, y compleja, que aleja de mí ajo y verano. Cuando reencuentro el ajo y el verano, el extranjero pone en evidencia su irrealidad. Estoy tratando de decirte que el

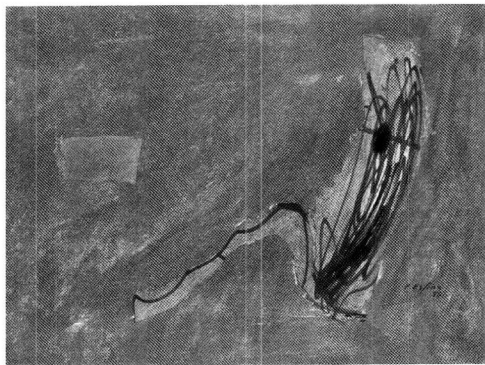
extranjero —es decir, la vida para mí desde hace siete años— es un rodeo estúpido, y tal vez en espiral, que me hace pasar, una y otra vez, por la latitud del punto capital, pero un poco más lejos cada vez. Releyéndome, compruebo que, como de costumbre, lo esencial no se ha dejado decir.

O incluso: dichosos los que se quedan, Tomatis, dichosos los que se quedan. De tanto viajar las huellas se entrecruzan, los rastros se sumergen o se aniquilan y si se vuelve alguna vez, no va que viene con uno, inasible, el extranjero, y se instala en la casa natal.

LA DISPERSIÓN

La gente de mi generación se dispersa, en exilio. Del ramo vivo de nuestra juventud no quedan más que dos o tres pétalos empalidecidos. La muerte, la política, el matrimonio, los viajes, han ido separándonos con silencio, cárceles, posesiones, océanos. Años atrás, al comienzo, nos reuníamos en patios florecidos y charlábamos hasta el amanecer. Recorriamos la ciudad a paso lento, de las calles iluminadas del centro al río oscuro, al abrigo en el silencio de los barrios adormecidos, en las veredas frescas de los cafés, bajo los paraísos de la casa natal. Fumábamos tranquilos bajo la luna.

De esa vida pasada no nos quedan hoy más que noticias o recuerdos. Pero todo eso no es nada, si se compara con lo que le sucede a los que no se han separado. Entre ellos el exilio es más grande. Cada uno ha ido hundiéndose en su propio mar de lava endurecida: y cuando miman una conversación, nadie ignora que no se trata más que de ruidos, sin música ni significación. Todo el mundo tiene los ojos vueltos hacia adentro, pero esos ojos no miran más que un mar mineral, liso y grisáceo, refractario a toda determinación. Y si, por casualidad, uno logra contemplar sus pupilas, lo que sucede rara vez, alcanza a ver como el reflejo de un desierto desde el cual el Sahara ha de tener sin duda los atributos de la Tierra Prometida.



Collage, acrílico y marcadores, 1985, 17 x 23 cm